

EXPRESION Y SIMBOLISMO

(Introducción al pensamiento de E. Nicol)

Entre los temas que preocupan a la filosofía del lenguaje, se encuentran los de la expresión y simbolismo. Especialmente, en sus vertientes metafísicas, como fundamentación del conocimiento científico y de la comunicación humana. Los puntos de vista desde los cuales son examinados estos temas se entrecruzan y relacionan de tal manera que crean, a veces, ámbitos de confusión. El entremezclarse de lo lógico con lo psicológico, de lo científico con lo metafísico, a este respecto, no coadyuva en nada a colocar en la luz los elementos fundamentales de la expresión y del simbolismo, en cuanto tales. Así, por ejemplo, refiriéndonos particularmente al símbolo, la lógica formal lo enmarca dentro del cuadro más general de los meros signos convencionales, como son los matemáticos. Se acentúa, con ello, la facilidad de manipulación en los procesos silogísticos y la cualidad *suppositiva* del símbolo. La psicología se fija en él, dentro de la corriente conductista, como un estímulo para la acción; el metafísico y el científico estudian el símbolo con relación a la verdad y a la realidad, mientras que lo religioso atiende a la inclinación natural humana de colocar entre símbolo y realidad simbolizada nexos de identidad.

En la actualidad, desde E. Cassirer, parece cobrar cada vez más cuerpo la idea de que lo simbólico entra a formar parte como constituyente esencial en el conocimiento y la expresión humana. Entroncado, en el inicio de su filosofar, con la denominada Escuela de Barcelona, E. Nicol ha ido desarrollando su pensamiento en torno a estos dos temas capitales de la expresión y simbolismo, ubicándose en la misma órbita temática de Cassirer, aunque configurándola de manera original y propia con elementos de diversa procedencia¹.

Esta simple nota tiene como propósito poner de relieve el pensamiento de E. Nicol dando un paso más en el acercamiento al diálogo, que nunca debió romperse, entre la filosofía que bien podría llamarse de "España en el exilio" y la que poco a poco se ha ido elaborando en todos estos años de la postguerra civil española. Tampoco es ajeno, el interés por fundamentar con ideas más cercanas a nuestra ideosincrasia, dentro de la filosofía del lenguaje, los importantes temas de la expresión y el simbolismo.

¹ El pensamiento de E. Nicol se desarrolla a través de sus publicaciones siguientes: *Psicología de las situaciones vitales*, F. C. E. (México 1941, y 2.ª ed. en 1963); *La idea del hombre*, Stylo (México 1946); *Historicismo y existencialismo. La temporalidad del ser y la razón*, F. C. E. (México 1950) y en Tecnos (Madrid 1953); *La vocación humana*, El Colegio de México (México 1953); *Metafísica de la expresión*, F. C. E. (México 1957); *El problema de la filosofía hispánica*, Tecnos (Madrid 1961); *Los principios de la ciencia*, F. C. E. (México 1965). Para esta nota introductoria, hemos utilizado sólo su obra más importante: *Metafísica de la expresión*.

I.—LA EXPRESIÓN Y SUS COMPONENTES

Tres grandes preocupaciones desencadenan, en su origen, la acción filosófica de E. Nicol y la hacen posteriormente moverse en líneas muy determinadas y concretas: la antropológica, la historicista y la metafísica. En ellas, se nos descubren los componentes constitutivos de la expresión. Los caracteres o notas que la definen. De manera consustancial, los conceptos de situación, sentido y comprensión se unen al de la expresión, para concluir que el hombre es *el ser de la expresión* por excelencia. Cada uno de estos conceptos nos lleva como de la mano al otro.

1. *Situación y expresión*

El concepto medieval de *status* sirve de antecedente afín al concepto actual de situación. Tanto en el sentido de *status viae*, como en el de *status termini* se nos presenta un modo de estar del hombre. El primero, en transición, caminando entre éste y el mundo del más allá. El segundo, en la estabilidad que deriva de la consecución de la inmutabilidad del ser, a cuya fuente se llega por el movimiento peregrinante en la temporalidad histórica.

Modernamente, el concepto de situación es elaborado por las filosofías antihegelianas que consideran lo real como algo distinto de lo objetivo y que no incluyen al sujeto como ámbito dentro del cual se dé *la realidad objetiva*. El existencialismo, en el sentido más amplio de esta palabra, es quien emparenta más íntimamente con la noción de situación. Y esto, porque el hombre es *un ser en situación*, ya sea la situación una vida, una libertad, un absurdo, una soledad o cualquiera de los modos de estar en el mundo.

Para E. Nicol, la situación del ser es su modo de existir. El ser es reducido a uno de sus modos: el existente. De esta manera, la pregunta tradicional ¿qué es el ser?, ¿en qué consiste? es sustituida por la de *cómo es el ser*. Ahora bien, el cómo del ser sólo se da en su expresión, en su *fenómeno*. Se rechaza la dicotomía de carácter platónico ser-apariencia, en la que el ser está como oculto y velado por el fenómeno. Por el contrario, mediante un análisis fenomenológico E. Nicol llega a la conclusión de que "si hay algo que no requiere exploraciones ulteriores, algo que se da con plenitud y autenticidad a la primera inspección, algo en suma que es esencialmente fenómeno, esto es precisamente el ser". Ahora bien, el fenómeno tiene sentido sólo en la expresión humana. Así, la situación queda referida primordialmente al hombre y en él constituye como una categoría o principio ordenador de las distintas realidades particulares, especialmente las que se relacionan con el azar, el destino o el carácter.

Estar ubicado en una situación es lo característico de la existencia humana. Pero esto no quiere simplemente decir que el hombre ocupe *un sitio* en la historia. Se trata de algo más profundo: de *vivir* desde una situación cuyo carácter fundamental es el de ser única. El hombre se encuentra en la situación de un ser que vive una vida única. Y dado que la vida es movimiento del sujeto que está en ella y con el movimiento se da *cambio*, el tiempo se adscribe ontológicamente a la vida haciéndola sobrepasar el ámbito de lo meramente biológico, para convertirse en biografía. El hombre no es un

ser natural, sino histórico. Pero su historicidad es algo que se concluye o aflora a la periferia desde la profundidad del movimiento de la unicidad de la vida humana. Precisamente el movimiento *expresa* el modo de estar en una situación. Y, cuando en el movimiento aparece el hombre, el movimiento cobra sentido.

2. *Sentido y comprensión de la expresión humana*

Ante todo, el sentido de que aquí se habla se distingue netamente del *significado* y de la problemática lingüístico-semántica que éste comporta.

Según E. Cassirer, el sentido pertenece en los comienzos míticos a la esfera de la existencia. Y forma el contenido de la misma. Estas ideas pueden introducirnos con éxito en el pensamiento de E. Nicol, ya que éste afirma que el sentido es algo inherente a la forma de ser y al modo de existir del hombre. La especulación de Nicol sobre el sentido podría simplificarse en los dos grandes principios que abarca y que se complementan: el de la indiferencia y el del sentido.

El principio de indiferencia dirige la región ontológica en la que los seres no se sienten afectados por los demás seres, sino que en ellos es verdadera la expresión de Leucipo: "nada sucede por azar, sino según razón y de modo necesario". Razón y necesidad se unen en larga tradición filosófica que conduce a Leibniz a explicar el principio de razón suficiente por el de razón determinante. En efecto, si ésta es la que determina a priori por qué existe lo que existe, y por qué existe de este modo y no de otro, entonces, tenemos que lo que existe de tal manera es, en sí mismo y constitutivamente, indiferente para cualquier otro significado que no sea el suyo propio. Su razón es su necesidad y ésta forma su "único significado". Carece de libertad y, por ello, carece de sentido.

Por el contrario, si algo tiene sentido en el universo, este algo ha de pertenecer al orden ontológico de la libertad. El hombre, antípoda de las cosas naturales que obran según necesidad determinada por la razón, es el ser que se siente afectado por el ser ajeno, sea éste ontológicamente extraño, sea prójimo o semejante. La sola idea de que su propia existencia carezca de sentido por tener un único significado le produce zozobra y angustia. Y al afirmarse a sí mismo, como libertad, se siente como un "extraño" entre las cosas, "perdido" en la inmensidad del universo. La libertad sólo puede ser atributo de un ente ontológicamente insuficiente, menesteroso de *más ser*. Esto es lo que hace que la libertad humana implique un condicionamiento y una limitación original. Uno es hombre, inicialmente, pero no de manera cabal y completa. La piedra es sólo piedra y lo es desde el principio plenamente. El hombre no es en sus comienzos todo lo que puede llegar a ser, ha de ir realizándose biográficamente en el tiempo merced a sus opciones y decisiones. Merced a su vocación. De esta manera, el principio del sentido recae sobre lo constitutivamente libre, mientras el de indiferencia sobre lo carente de él. Así, el ser del sentido contiene en sí mismo, por ser tal, la posibilidad de múltiples sentido y en él reside la posibilidad radical de *perder el sentido*, de estar existencialmente desorientado, de no saber cuál es el sentido del sentido, o sea el sentido de su propio ser.

El principio de indiferencia no puede ser comprendido sino en relación con el del sentido. Y entre ambos se nos da la distinción radical según la cual se diferencian dos modos de ser: las cosas y el hombre. Cuando el hombre proyecta su sentido sobre lo que no lo tiene, hace física con raíces metafísicas y, cuando acepta la indiferencia de las cosas en sí mismas, como algo independiente, autónomo, inicia con toda propiedad la ciencia física, en la que el ser importa sólo en cuanto objeto de conocimiento y de posesión. Estas ideas conducen a E. Nicol a replantearse los fundamentos de la ciencia y a ver con un nuevo cariz el enfoque de la metafísica. La explicación de esta problemática nos perdería fuera de los propósitos limitados de nuestra nota introductoria a E. Nicol.

Al tener únicamente el hombre expresión con sentido, se exige una comprensión de éste. Una interpretación o hermenéutica antropológica. Esta es posible por una intuición que nos da el sentido de la situación vital. ¿Cuál es esta? Bien podría ser descrita por un abanico temático en el que no podría prescindirse de los siguientes puntos: la verdad, la forma común de ser humano y el sentido consentido de la expresión humana.

Al considerar la verdad, E. Nicol intenta superar la definición clásica y la renovada de Heidegger. Para ello, coloca el logos como vinculatorio entre dos o más personas. El logos, epistemológicamente, se define por la función apofántica del ser. La aparición del ser, su descubrimiento, es liberación: *deja ser* al ser. A este modo primario de la verdad, E. Nicol lo llama presentación del ser. Y a él corresponde en el sujeto que conoce su re-presentación. Pero en esta última, se presenta a la vez el ser del "representante" junto con el ser de lo representado. De esta manera, el ser aparece, reaparece y se convierte en el sujeto en un "parece", ya que forma en él una actitud frente al ser. Lo histórico ha hecho un apremio a lo absoluto e inmutable con que aparecía, para la metafísica, la verdad. Ha hecho reconocer que la verdad, en cuanto es expresión, es histórica. De igual modo, hay que pensar que la verdad es científica, por ser una representación.

Este cuadro filosófico de la verdad, es completado por E. Nicol y superado en cierta medida. Para él, la verdad "consiste en la *corroboración* dialógica, y no la requiere derivadamente como confirmación, pues la posibilidad misma de esta confirmación depende de la previa comunicación del ser, efectuada en la expresión. En efecto, la verdad es una expresión en la que se *comparte* su evidencia. La verdad, así, dice relación consustancial a la *veracidad* y es fundamento de la ética. Por ella, se establece la vinculación existencial entre un hombre y otro. La verdad no es una concordancia del pensamiento con la realidad, sino una comunidad de logos sobre la realidad, efectuada dialógicamente.

Desde esta inclinación del logos en sí, al coloquio, se comprende con mayor facilidad las afirmaciones de E. Nicol sobre el hombre y la comunidad social. El modo de ser del hombre es su forma de ser común. Y por "común", aquí, no se entiende el constitutivo formal de un género o de una clase, sino el hecho de la comunidad, revelador de la forma de ser. En efecto, lo que caracteriza a los entes individuales hombres es el hecho de que se expresan *inter-comunicándose*. Con su presencia, el hombre entra en diálogo con los demás. Por ello, el hombre no es nunca un extraño ni un desconocido para el otro, como pueden ser las cosas. A éstas se las posee, se las conquista.

Pero en esta posesión y conquista permanecen extrañas y ajenas a nosotros, porque son indiferentes, carecen de sentido. En cambio, el hombre se expresa en su forma de ser común a la mía con su sola presencia. Está esencialmente abierto y en actitud de ofrenda a los demás. Es un co-municante. Y su comunicado suscita en mí una atención vital, esencialmente diverso del que despiertan las cosas. El individuo puede, como tal sujeto ópticamente individual, ser un extraño, pero no como tal hombre, o sea respecto de su forma de ser. "No sabremos quién es, pero sabemos siempre bien *qué* es". E. Nicol invierte, así, los términos tradicionales de la metafísica: la forma común de ser del hombre es lo primariamente conocido, mientras que el modo individual se conoce después y nunca del todo.

Entre las cosas mediante las que el hombre se expresa está el lenguaje. Si se atiende a su problemática semántica, la posibilidad de que una palabra sea significativa deriva de una relación que por ella se establece entre el sujeto que la pronuncia y el que la comprende o interpreta. En efecto, el fundamento del significado en las palabras radica en dos motivos importantes. El primero es que los dos interlocutores significan. Es decir, intercambian entre sí signos verbales. El segundo, indica que estos signos verbales cobran carácter de signos porque son unívocos respecto a una *realidad común* a los interlocutores. La palabra "moneda" es signo o significa la realidad moneda, porque tanto el que habla como el que escucha se refieren unívocamente a ella mediante la prolación del término "moneda". Por ello, el sentido de las palabras obedece a un consenso. Es un sentido consentido por la comunidad idiomática. La significatividad tiene en la comunidad su lugar natural, su origen, fundamento y explicación.

En este punto, vistos los componentes constitutivos de la expresión, conviene para acabar este apartado hacer unas breves acotaciones. E. Nicol parte de una intuición privilegiada: la expresión como determinante originario del ser. En consecuencia, hablar de la metafísica del ser es hablar de la expresión. Ahora bien, para que la expresión sea tal ha de tener sentido y la región ontológica del sentido hay que ubicarla únicamente en el hombre. De aquí, que éste sea el ser de la expresión con sentido. Y de que la metafísica descanse en raíces antropológicas con todos sus agregados: libertad, historicidad, veracidad y eticidad.

Para que la metafísica sea de la expresión, E. Nicol debe recorrer los momentos principales de la definición clásica escotista de esencia: "primum constituens", "primum distinguens" et "quod est radix coeterorum omnium". La expresión no es, así, un rasgo propio del hombre sino que es su determinante constitutivo óptico fundamental, del cual derivan todos los demás caracteres y él es, a su vez, su diferencia radical de las demás cosas.

El pensamiento de Heidegger es la filosofía de la que en el fondo se parte y a la que se hace más veces referencia como objeto de crítica. Todo pensamiento nuevo consta de dos dimensiones. Una, aquella en que se critica las filosofías anteriores. Otra, en la que algo de las filosofías anteriores es aceptado y superado con nuevas aportaciones. E. Nicol, a este respecto, no es ninguna excepción. La verdad apofántica del ser de Heidegger es superada por su ubicación en el hombre comunitario, una de cuyas manifestaciones expresivas es el lenguaje. Por otro lado, el ser se reduce al ser-fenómeno, al ser-que se expresa. La otra coordenada de E. Nicol, respecto a Heidegger,

es la de las formas simbólicas de E. Cassirer. En efecto, el hombre es el ser de la expresión con sentido. Pero todo cuanto expresa, lo expresa simbólicamente. Así, se entra de lleno en la segunda parte de esta exposición del pensamiento de E. Nicol.

II.—EL SIMBOLISMO ES EL CÓMO DE LA EXPRESIÓN

La especulación en torno al símbolo se ha movido filosóficamente en dos dimensiones: la del puro signo convencional y la de la participación en el ser. La primera obedece a las filosofías que identifican el símbolo con el puro signo convencional. De esta suerte, todo lo aplicable al signo lo sería igualmente al símbolo. Por ello, lo mismo que hubo un examen gramatical (Aristóteles), metafísico (escolásticos), filológico (Müller), psicológico (Locke), lógico (Leibniz), sociológico (Steinthal, Wundt), terminológico (Baldwin, Husserl) e independiente (Marty, Peirce, Mauthner, Taine) del signo, ha habido las correspondientes interpretaciones del símbolo. La segunda se instala de manera específica en el ámbito religioso, en donde se da una tendencia natural a identificar el icono con lo simbolizado. En el pensamiento de P. Tillich se nos afirma que todo el lenguaje nuestro sobre Dios es simbólico, exceptuada la proposición "Dios es ser". Y la raíz de que el mundo sea una teofanía, y, en consecuencia, de poder convertirse en símbolo vivo de la divinidad es el de su participación en el ser.

E. Nicol dedica los dos últimos capítulos de su libro *Metafísica de la expresión* al ser del símbolo y a sus relaciones. Y su pensamiento debe ubicarse, como se desprenderá de la exposición, en la segunda corriente filosófica de especulación sobre el símbolo, aunque con particular originalidad.

1. *El concepto de símbolo*

E. Nicol toma, como punto de referencia, a la hora de explicar lo que entiende por símbolo el uso que se hizo entre los griegos de esta palabra. Se llamaba símbolo, en Grecia, a cada una de las dos mitades de un objeto que se divide y que, al reunirse, permiten identificar a los portadores. Son estas dos mitades reunidas, como una suerte de credenciales. Prueba de identidad del hombre que exhibe una de estas mitades ante el otro que posee la otra.

Dijimos anteriormente que el hombre es la expresión del ser con sentido y que expresa con su sola presencia. La presencia de cualquier otro ente, que no sea el hombre, está dirigida por el principio de indiferencia. Es algo extraño al hombre y es lo que obliga a éste a investigar para descubrir y poseer, en la ciencia, aquella forma de ser. En cambio, el hombre cuando se hace presente, su presencia es ya definitiva e inequívocamente reveladora de su forma de ser que implica y requiere el ofrecimiento y la entrega. El hombre es "la imagen y semejanza del mismo hombre". De aquí, que cada uno se descubra y reconozca a sí mismo, en la simple presencia del otro, del *prójimo*. Como se ve, cada hombre es portador con su presencia de la mitad de su ser y adquiere su identidad completa ante la presencia del otro hombre, su otra mitad. El yo se reconoce como tal en el tú. Yo y tú son las dos mita-

des a las que aludía la palabra griega símbolo y sólo, cuando se re-unen, adquieren plenamente sentido, en copresencia dialógica.

De aquí, que el simbolismo es posible primariamente porque el hombre es un ser simbólico en el sentido griego. Y esto lleva consigo el que la relación simbólica original es intersubjetiva. Hasta ahora se había tenido en cuenta, a la hora de filosofar sobre el símbolo, sólo o de manera principal la relación entre el símbolo y lo simbolizado. Con E. Nicol, el área de la competencia simbólica abarca en primer lugar al ser por esencia y constitución símbolo que es el hombre y a su intérprete que es otro hombre y en relación con ellos se establecen todas las relaciones de cualquier símbolo con el respectivo sistema particular al que pertenezca. "Como quiera que se defina la relación de conveniencia del símbolo con la realidad, esta relación misma requiere, como condición absoluta de su posibilidad y su efectivo cumplimiento, de una conveniencia entre los productores y usuarios del símbolo". Tanto en los símbolos abstractos, como en los llamados concretos, se da la acción común intersubjetiva entre el que produce el símbolo y el que lo interpreta, formando todos estos elementos una unidad irrompible.

La misión de todo símbolo es hacer patente al ser de manera apodíctica y unívoca. En la presencia del hombre y de su intérprete, otro hombre, también expresión simbólica, el ser que aparece es unívoco para ambos. Y, a la vez, común. Por ser común, el símbolo hace patente al ser con garantías de objetividad.

De aquí se deduce por un lado la universalidad del simbolismo y por otro, la interdependencia de sus variadas formas. Cada forma simbólica presenta o hace patente al ser según una modalidad específica. Ahora bien, dado que el símbolo sirve para que los hombres tengan, en común, la evidencia apodíctica del ser, es la función simbólica la que constituye y mantiene la comunidad ontológica y existencial de los hombres, con dicha posesión común del ser. Así, a cada forma simbólica corresponde una verdad propia. Esto no quiere decir que unas formas simbólicas sean más verdaderas que otras, sino que cada una representa al ser diversamente y que sus leyes de congruencia interna son diversas. Tenemos, por ejemplo, formas simbólicas artísticas, religiosas, científicas. Y, entonces, lo que importa no es señalar su "unidad diferencial", sino su interdependencia. Dado que el ser, siempre es el mismo. No es uno para la ciencia y otro para la filosofía. Tenemos que lo importante de su captación simbólica es poner en relevancia la interdependencia de las formas simbólicas mediante las que se captan. Y esto, porque no puede olvidarse que todo conocimiento, dadas estas premisas, es según pretendía E. Cassirer simbólico.

Podemos ahora preguntarnos por las relaciones que subsisten en todo símbolo. E. Nicol las reduce a cinco: la del símbolo con su productor; la del símbolo con su intérprete; la del símbolo con su objeto; la del símbolo con su propio sistema y la del símbolo con sus antecedentes.

2. *Las relaciones simbólicas*

Las dos primeras relaciones que saltan a la vista, dentro del pensamiento de E. Nicol, son las que se refieren al productor del símbolo y a su intérprete.

La dimensión "comunitaria" de estas relaciones son su nota más característica y se encuentra ya implicada en la primera.

Ante todo, el símbolo expresa al hombre que lo produce de manera primaria. Esto lleva consigo el que su expresión corresponda al modo concreto de ser individual del que lo produce, al de su situación y manera de enfrentarse al ser. En una palabra, el símbolo en cuanto expresión de un hombre corresponde a la expresión vocacional de éste. La individualidad humana madura, cuando adopta una actitud frente al ser y elige una de entre las muchas actitudes que puedan presentársele. En un estado elemental y primitivo, el hombre se presenta a sí mismo en sus símbolos. Y su presentación no le distingue de la comunidad. Pero, al descubrir que esta presentación de sí mismo en sus símbolos, que son los de la comunidad puede realizarse de diversas maneras, opta, se decide, *elige* libremente una. Esta elección tiene ya desde sus orígenes carácter dialógico, porque el sujeto de ella ha de efectuar una previa deliberación, después de la cual aceptada su vocación o modalidad existencial y hacerse presente así a los demás entra en diálogo con ellos. Bien porque la actitud frente al ser de éstos es diversa a la suya, bien porque está de acuerdo con ella. E. Nicol afirma, entonces, que la preeminencia de la palabra sobre el gesto en lo que de expresión tienen y, en consecuencia, su simbolismo deriva del descubrimiento de varias formas de actitud dialógica frente al ser. Al pasar la época mitológica a la del logos, el gesto comienza ya a no ser más que un puro auxiliar de la palabra. Bajo este aspecto, la responsabilidad existencial del hombre, como ser vocativo, es resultado de esta preeminencia de la palabra. Y la inautenticidad del símbolo es su infidelidad expresiva. Su falsedad para expresar el modo elegido por el hombre para expresarse a sí mismo; su actitud frente al ser.

El contenido significativo de un símbolo no es independiente de la primaria intencionalidad comunicativa. El hombre *se* expresa y *se* propone, al tomar posición respecto al ser. Y esto lo hace de acuerdo con un sistema de sentido *con-sentido*. Es decir, *com-partido* por la comunidad. Para mejor comprender la labor del intérprete, en su relación con el símbolo y su productor, puede escogerse cualquier forma simbólica de expresión del hombre. E. Nicol propone la religiosa. El sistema de sentido, unitario y definido, de la religión cristiana está formado por la Sagrada Escritura y los acuerdos conciliares. Este sistema está elaborado sobre la base de una actitud o disposición del hombre frente al ser, que es la religiosa. Y de la común interpretación de este modo de expresión del hombre. Cuando esta interpretación se transforma y vienen las discrepancias, se disgrega el sistema. Y fue por obra hermenéutica del intérprete de esta disposición religiosa, que cambió su óptica receptiva de la expresión del productor del símbolo, quien lo hizo posible. Surgen, así, nuevas comunidades de sentido *con-sentido* religioso. En todo caso, se da en esas diversas formas lo primario y común de la forma simbólica religiosa: el hombre, al adoptar frente al ser la actitud religiosa, se presenta a sí mismo, ante los demás miembros de su comunidad, como un co-religionario.

En la tercera relación simbólica se entra en el terreno de la significación del símbolo y de lo que representa. Ontológicamente, en todo simbolismo pueden ser distinguidas tres clases de realidades: el símbolo en sí, realidad simbolizada y el nexo que las une.

La realidad símbolo es, para E. Nicol según se ha visto, de manera primaria el ser de la expresión con sentido. Es decir, el hombre que se expresa y propone es realidad expresiva simbólica —valga la redundancia—. Pero ¿qué es lo que con su expresión representa o simboliza? No necesariamente un objeto. También actitudes y emociones. En general, *un algo* cualquiera que pueda ser reconocido por el destinatario. De este modo, la realidad que sustenta la relación simbólica y su comprensión es la del ser mismo que se expresa y que es recibido por otro ser de la misma categoría.

Cuando el símbolo lo es de actitudes cognoscitivas, el objeto intencional de la relación simbólica —lo representado simbólicamente— se constituye en objeto por su referencia dual a los dialogantes. El ser se hace patente siempre, como realidad común. Siendo la realidad, el ser, siempre idéntico a sí mismo, no puede ser afirmado que las diversas formas simbólicas de su expresión lo hagan interiormente diverso. Lo fraccionen. No. Lo que sucede es que la riqueza expresiva del ser deja aprehenderse de múltiples maneras o formas simbólicas originando diversos sistemas de simbolismo en los que interesa la aprehensión del ser efectiva que pueda ser también captada por cualquiera que no esté situado en la misma posición existencial del que la produce. Esto da lugar a la posibilidad de *transformación* de unas formas simbólicas en otras. En la transitividad de los símbolos. Siendo el universo uno, ha de reconocerse la posibilidad de traducción de una de sus expresiones simbólicas en otras. Quizás ahora se nos haga inteligible con mayor claridad, la proposición con que E. Nicol enuncia esta tercera relación: “todo símbolo tiene un contenido significativo aunque no esté definido lógicamente, y guarda por ello relación con un objeto intencional que constituye la base real de su inteligibilidad”.

La cuarta relación atiende, con palabras de Nicol, a la forma y sentido de los símbolos. Y es lo que podría llamarse muy bien el aspecto estructural de cualquier forma de simbolismo. Es decir, un símbolo no es nada por sí solo. Es en tanto en cuanto forma parte de un sistema en el que él es un componente del que dependen los demás, así como él de ellos. Cualquier cambio en uno de ellos repercute en todos los demás. El fundamento de este carácter formal o estructural del símbolo radica en que la intención comunicativa se expresa de manera *discursiva*. Toda expresión por ser discursiva necesita y requiere la secuencia coaligada de términos. De estas ideas y dado que las formas simbólicas de expresión son múltiples se deduce que las estructuras en que se unen discursivamente los símbolos unos con otros son también muy variadas. Entre ellas, puede hacerse mención especial de la ciencia. En ella, el principio de no contradicción ha sido introducido por la lógica como requisito de toda operación discursiva del logos y de toda construcción teórica legítima y, así, ha creído proteger y mantener la coherencia interna de su sistema simbólico. Pero esta coherencia no sirve para otras formas de simbolismo. Así, éstas tienen sus formas respectivas de organización sistemática y funcional, según las cuales se hace posible diferenciar la del lenguaje religioso de la del poético, etc. La afinidad de estas ideas con las de la filosofía analítica, cuando concibe el lenguaje como diversas clases de juegos, en los que se dan, para cada uno, reglas propias, es bastante patente.

La quinta y última relación simbólica es la que atiende a la preocupación historicista de E. Nicol. Cada forma simbólica obedece, como ya se ha indi-

cado, a la posición del hombre frente al ser o frente al otro respecto al ser. Quizás el hombre haya descubierto ya todas las formas básicas de expresión simbólica de su ser, pero dentro de éstas todavía quedan posibilidades infinitas. Esta variedad, dentro de cada forma o sistema simbólico, no depende de ninguna de las relaciones anteriormente examinadas, sino que pertenece a la dimensión histórica del símbolo en su forma expresiva del ser humano y es irreductible a las demás. E. Nicol enuncia de esta manera esta última relación simbólica. "Todo símbolo, dentro de su sistema y su orden de sentido propios, guarda relación con su pasado histórico, y la función comunicativa y significativa que puede cumplir en una situación presente depende también de esa relación con su pasado".

* * *

A título final, quisiera indicar que las intuiciones privilegiadas de E. Nicol sobre las que descansa y mueve su pensamiento cobran gran vigencia en la actualidad, en dos dimensiones: la del acceso inmediato al ser en su expresión y la del ser que se da comunitariamente. En efecto, no podemos olvidar, hoy, la gran corriente de pensamiento que haciendo evolucionar a la filosofía desde lo gnoseológico defiende como objeto suyo propio y formal al lenguaje. A la filosofía del ser como un qué realista, le sucedió la del pensamiento. Y hoy es el lenguaje. Quien analice éste, analizará el pensamiento que contiene y con él lo que de objetivo tenga.

Por otro lado, el diálogo es marco común del pensamiento actual. Piénsese en la filosofía de Martin Buber. La superación dialéctica del robinson filósofo orteguiano reside en el tú. No descubrir el tú en mi yo. Sino al revés. Hallar en tú, nuestra imagen y nuestra idea expresiva humana.

El horizonte de E. Nicol bien porque en él se debata, bien porque quiera salirse de él o quiera permanecer en él, es el del historicismo y el simbólico de E. Cassirer. A ellos hay que añadir el método fenomenológico, concebido con ciertas particularidades y que sirve para instaurar el método metafísico basado en los tres movimietos natos o expresivos del hombre: gesto, postura y lenguaje. Sobre todo, es este último quien recaba para sí las mayores y mejores atenciones de E. Nicol.

VICENTE MUÑIZ RODRÍGUEZ